

Capítulo I

Lunes

Desperté de un profundo sueño, mi cabeza estaba desorientada, sentía que mi mente me daba vueltas, como si la noche anterior me hubiera pasado de copas en algún burdel o taberna barata. Mi cabeza iba a explotar, me sentía mareado y tenía una sensación muy extraña de que me caería al suelo en cualquier momento, una sensación tan fuerte y tan intensa que jamás había experimentado, nada se acercaba ni se asimilaba. Y para rematar, me sentía en extremo cansado, como si no hubiera dormido en varias semanas, los parpados me pesaban mucho.

Empecé a mirar a mí alrededor, no podía ver de mucho, ya que todas las luces estaban apagadas, solo una pequeña luz que salía por encima de mi cabeza apenas alumbraba un pequeño espacio. Miré hacia abajo y me di cuenta que estaba amarrado a una camilla un poco inclinada, me empecé a mover con fuerza y desespero tratando de que se aflojaran un poco las ataduras, pero era inútil, me sujetaban tan fuerte a la camilla que me impedían todo movimiento. Decidí gritar con todas mis fuerzas para ver si alguien me ayudaba, esto fue también un intento fallido, nadie respondía, ni un solo sonido distinto al eco de mi voz.

Me encontraba en un lugar muerto, ni un signo de vida se hallaba en el triste y sombrío lugar, lo único que lograba ver eran un par de ratas que caminaban por la camilla, su tamaño era algo sorprendente, el aspecto de estas criaturas era horroroso; su pelo era negro, parecía que no habían comido en un largo tiempo ya que, aunque mi vista no estaba muy bien en ese momento, podía ver las costillas de estas alimañas, su pelo estaba trasquilado y podía ver unos cuantos hue-

sos roídos en el piso, pensé que se peleaban entre sí para sobrevivir, como una lucha en el que ganaba el más fuerte y más apto de todos, y el más débil moría para que su carne fuera alimento para los demás. El sonido de sus garras golpeando y aruñando el cuero de la camilla me provocaban un escalofrío impresionante que recorría cada parte de mi cuerpo, mi respiración empezaba a estremecerse y unas gotas de sudor escurrían por mi frente, lo único que me daba una señal de que me encontraba con vida era el fuerte y rápido palpitar de mi corazón.

Mi mente estaba fallándome, no lograba recordar nada, esto me estresaba mucho, y para tranquilizarme me cree la idea de que tal vez solo era algo temporal. Cerré los ojos, incliné mi cabeza hacia arriba y frunciendo el ceño hacía un gran esfuerzo por recordar.

Lo primero que llegó a mi cabeza fue el sonido de las sirenas de la patrulla, yo iba tras el volante. Podía recordar que me habían llamado para investigar un asesinato en el barrio de la Candelaria, era de noche, por ahí a las once creo yo, solo íbamos en la patrulla John y yo, mi mano derecha y mi mejor amigo desde que tengo memoria.

–Voltea por la derecha –me dijo– que por aquí es.

Paramos en un callejón en medio de la cuadra. No había casi gente, las únicas personas que se podían ver eran unos cuantos indigentes que vestían una ropa sucia, rasgada y muy maltrecha, algunos de ellos se acurrucaban solos en algún rincón, otros se reunían para fumar, en sus manos tenían cigarrillos, pegamento, bóxer, paquetes con marihuana, pastillas, y grandes porros que se pasaban entre sí diciendo *“Hágale parcero que esa joda esta fuerte, es severo viaje”*. Y otros estaban dormidos en el suelo con unas cuantas cobijas encima, eran tan delgadas que el fuerte viento traspasaba entre ellas.

–Ven –me dijo John–, no te distraigas, que tenemos trabajo que hacer.

Voltee mi cara hacia él y juntos caminamos a la puerta de una casa, la apariencia de ésta era deprimente, no me hubiera gustado quedarme en ese lugar ni una sola noche, ni con que me dieran todo el

dinero del mundo; ventanas rotas, cimientos podridos, olor repugnante y entre otras cosas. Simplemente deprimente. Nos acercamos a la puerta, ésta era de metal y ya estaba muy oxidada, John colocó sus manos y la empujó con fuerza, ésta se movía lentamente, rechinaba y crujía, al igual como una película de terror. Al lograr abrirla nos encontrábamos en un largo pasillo, estaba muy oscuro, saqué mi linterna y la apunté hacia el fondo del pasillo, un pasillo muy largo por cierto. Caminamos viendo las paredes de aquel lugar, estaba muy descuidado, y al parecer, nadie había vivido en ella desde hace mucho tiempo, las paredes estaban hechas de ladrillo y en ellas caminaban un par de cucarachas y arañas de gran tamaño. Qué asco.

Un policía estaba en el final del estrecho sitio, estreché mi mano con la de él y le dije:

–Hola oficial, ¿qué tenemos aquí?

–Hola detective –respondió–, mire, hace como una hora una persona llamó a la agencia diciendo que encontró dos cuerpos en esta casa, le dio curiosidad un olor extraño y asqueroso que salía de aquí, entonces entró a ver qué pasaba, y ahí los encontró como afirmaba ella, se oía muy agitada al llamar.

–Está bien, y que es lo que sabe de los cuerpos.

–Quede muy impresionado al ver la escena, no sé cómo explicárselo, es mejor que usted lo vea por su propia cuenta.

–OK.

Dio media vuelta y lo seguimos hacia la escena del crimen. Entramos en una habitación grande, en ella estaban tres oficiales más, uno de ellos tenía una linterna para buscar pistas del homicidio y los otros dos estaban tomando fotografías con sus cámaras.

–Aquí es –dijo el oficial.

Alumbré hacia los cuerpos y, al verlos quede horrorizado, un escalofrío recorrió mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, mi respiración empezaba a aumentar aceleradamente. Me preguntaba al ver la escena ¿qué estaba pasando con la sociedad? ¿Hasta qué punto puede llegar la crueldad del ser humano?

Uno de los cadáveres era una mujer de aproximadamente unos 40 años de edad, y el otro era un niño, yo le calculaba unos 8 años de edad, deduje que la mujer era la madre del niño. Ambos estaban colgados de unas cuerdas gruesas que se amarraban a un par de clavos que penetraban las manos, las piernas y la cabeza de las víctimas. Miré hacia arriba y vi que las cuerdas se amarraban a unos palos en forma de cruz que a su vez estaban pegados en el techo, me acerqué al cuerpo de la madre y noté que la boca estaba cortada, estas iban desde las puntas de la boca hasta la barbilla, el niño también tenía las mismas heridas, ambos parecían dos marionetas que representaban una escena de un teatro. La madre tenía su mano encima de su cabeza en forma de puño, como si fuera a golpear al pequeño, y el niño estaba inclinado hacia atrás, tenía su cabeza inclinada hacia la derecha y sus manos estaban delante suyo como si tratara de protegerse de su madre.

Acerqué mi mano hacia mi boca, presenciando tal macabra escena, jamás había visto algo parecido, en todos mis casos investigué, capturé y encerré a los peores criminales que asesinaban, torturaban y violaban a gente inocente, pero esto, esto era algo que no tenía nombre.

Pasé mi manga sobre mi frente para secarme el sudor.

—¿Qué pasa detective, es mucho para usted? —Me preguntó el oficial.

—¿Qué clase de persona puede hacer esto? —respondí.

—Mire, lo único que sé, es que esto solo lo hizo un psicópata, un lunático, alguien que tiene un rayón en su disco duro.

—¿Y han encontrado alguna pista? ¿Alguna huella? —dijo mi compañero.

—Detective, ojala tuviera respuesta para eso, solo hemos encontrado en esta habitación eso que está detrás de los cuerpos —refutó el uniformado señalando a la pared detrás de los cadáveres.

Caminé y me dirigí hacia la pared, al encontrarme ahí alumbé y vi algo dibujado, parecía un arma pintada con sangre. Era un dibujo con

mucha precisión, se podía ver cada detalle del arma sin ningún problema, parecía como si no se hubiera hecho con el dedo, sino con un pincel. Este tipo sabe lo que hace.

–¿De quién es esta sangre? –le pregunté al oficial.

–Al parecer son de las víctimas, creemos que murieron desangradas por las heridas de los tornillos.

Voltee mi cabeza hacia los cuerpos y me quede viéndolos con atención, me acerqué a ellos y empecé a revisar uno por uno, a ver si encontraba algo interesante. Primero revisé al niño, pude ver que tenía moretones en su cara y en sus brazos, su nariz sangraba mucho. Me puse un guante en mi mano derecha y levante un poco la camisa por la espalda, pude encontrar unas marcas de rasguños y golpes en distintas partes de la espalda, heridas muy profundas y grandes, como si fueran hechas con algún objeto pesado y cortante.

Luego de revisar al niño caminé hacia donde estaba la madre, ésta no tenía ninguna marca, era extraño que solo el niño tuviera marcas y la madre no; luego me di cuenta que del brazo izquierdo de la madre, debajo de la manga, había algo de sangre ya coagulada, levanté la manga muy lento y con cuidado y, para mi sorpresa, encontré varias cortaduras en el antebrazo, a diferencia del pequeño, las cortaduras parecían que hubieran sido hechas con un cuchillo. Al mirar el otro brazo también encontré algunas cortaduras, algo similares a las del otro brazo.

–¿Qué opina detective? –me preguntó el oficial.

–Pues...no sé qué decir, tengo que pensar muchas cosas con más calma, estoy algo cansado.

–Bueno, Nosotros seguiremos investigando la escena, a ver si encontramos algo que nos ayude.

–Me parece bien.

–Ya no necesita hacer nada más por hoy, porque no se va a su casa a descansar, le vendría bien un poco de descanso.

–Pero, necesito sacar ma...

–No se preocupe, nosotros nos encargamos, váyase, no hay problema.

–Es...está bien.

Salí de la casa y caminé hacia la calle.

–Oye Pat –me dijo John afuera de aquella casa cuando yo estaba cerca del auto– dame las llaves, déjame conducir esta vez.

–¿Seguro? –pregunté–.

–Sí, claro, si quieres te deajo de una vez en tu casa.

–No, no te preocupes, no es necesario.

–Vamos, ya estás cansado, no es bueno que te desveles de esa manera.

–Está bien, pero solo esta vez.

–OK.

Mi mente no resistió, no pude recordar más, abrí mis ojos con un fuerte de dolor de cabeza, pero, aunque sentía un gran malestar, sabía que mis recuerdos no se habían perdido, no del todo, solo estaban bloqueados por alguna extraña razón, eso me tranquilizaba, me ponía en calma. Era un proceso lento y sin prisa, y aunque se demoraran, tenía que recuperar mis recuerdos de una u otra forma.

Miraba de lado a lado, sin buscar nada en específico, solo trataba de relajarme un poco, para dejar el malestar de lado. Sentía un cosquilleo en mis pies, miré hacia abajo y vi un par de ratas oliendo mis zapatos, sacudí mis piernas con fuerza y todas salieron corriendo en distintas direcciones, suspiré con fuerza y cerré los ojos por un breve momento, luego los abrí y me quede mirando las baldosas del piso, no sé por qué, pero se me hacía muy familiar, sabía que en alguna parte lo había visto, pero no recordaba donde, ni cuando, estaba muy oscuro, casi no podía reconocer nada a mi alrededor. Cerré mis ojos de nuevo e hice una vez un esfuerzo por recordar que había pasado después de ese momento.

Pude acordarme después de un largo rato que John me llevó a mi casa, en el barrio de Los Sauces, por la calle 28 sur con 37, al lado del parque de Los Sauces. Paró al frente de mi hogar y me dijo:

–Bueno, llegamos.

–Gracias, no tenías que hacerlo.

–No hay de que, más bien descansa y mañana nos vemos.

–Está bien, chao.

–Chao.

Salí del auto y John arrancó para su casa, saqué mis llaves de mi bolsillo, coloqué la llave en el cerrojo de la puerta y la abrí. Al entrar voté las llaves en el comedor, caminé hacia el cuarto de mi hija y abrí la puerta lento para no hacer ruido, vi a mi pequeña acurrucada en su cama, se veía preciosa, por ella yo haría lo que fuera, hasta arriesgar mi propia vida por salvarla de cualquier peligro. Al igual que cualquier madre con su hijo.

Cerré suavemente la puerta y me dirigí a mi cuarto, prendí la luz, me quité el saco y lo voté en un rincón, me senté en mi cama y agarré una foto que estaba en una mesa pequeña, en ella estaba mi esposa y yo, ambos estábamos sonriendo y teníamos un helado de vainilla en la mano, podía recordar que estábamos en un centro comercial, habíamos tenido una grandiosa tarde esa vez. Me alegraba que no había perdido esos recuerdos, al parecer solo se había ido lo más reciente, como lo que pasó a corto plazo, cuando inició todo este enredo. Pero lo que pasó antes de eso podía recordarlo a la perfección, los recuerdos a largo plazo, esos recuerdos estaban intactos, me daba mucha felicidad, hay cosas que uno jamás quiere olvidar. Al mirar esa foto, me llegaban muchas sensaciones: felicidad, alegría, satisfacción, bienestar. Sonreía de la emoción. Pero, después de un rato, esa sonrisa iba desapareciendo poco a poco, y la felicidad se convirtió en tristeza, una lagrima escurrió por mi mejilla, bajé mi cabeza y coloqué mis manos en mi cara, gemía mientras lloraba, me llegaban muchos recuerdos en los que estaba con ella, podía sentir lo suave de su piel, lo sedoso de su pelo, el olor de su perfume, su hermosa voz, como si aun viviera y estuviera justo a mi lado. Levante mi cara y miré hacia la foto y dije en voz baja mientras acariciaba el marco de la foto *"Ay Sofía, si solo pudieras ver lo grande que esta nuestra niña*

ahora, ya es toda una mujercita" solté una carcajada y dije "No sabes la falta que me haces".

Pasé mi mano sobre mis ojos y dejé la foto encima de la mesa, me quité los zapatos y los dejé debajo de la cama, solté el botón del cuello de mi camisa, bostecé, apagué la luz y caí rendido encima de la cama. Toda la noche solo pensaba en el asesino, y me preguntaba ¿quién es?, ¿por qué lo hace?, ¿qué trata de demostrar? ¿Esto fue algo pasajero o acaso se volverá a repetir?, se me hacía algo extraño que no podía pensar en algo más, todos mis pensamientos se concentraban en él y en esas preguntas, solo rondaban en mi mente sin parar. Pero algo que también reflexioné bastante fue el por qué me asusté tanto al ver la escena del homicidio, llevo tantos años y nunca me había sentido así el ver tal cosa. No lograba responder a esa pregunta.